

VECINOS EXTRAÑOS¹

STEPHAN DÜNNWALD

Universidad de Augsburg (Alemania)

RESUMEN

Los refugiados y solicitantes de asilo se encuentran en Europa desde hace unos años en el foco de la inmigración. La postura de acogida de Alemania hacia la inmigración se establece en el discurso sobre los solicitantes de asilo, en el asilo político y en la relación cotidiana de la población autóctona con los refugiados. En el ejemplo de los grupos de vecinos que se preocupan por los solicitantes de asilo esta postura debe ser considerada más próxima. Aunque parezca que cada nueva ola migratoria va a ser tratada como un nuevo acontecimiento, en este artículo se observará la continuidad que caracteriza la relación de los alemanes con los inmigrantes.

PALABRAS CLAVES:

Refugiados, albergue para refugiados, Munich, grupos de vecinos, integración social.

ABSTRACT

For several years refugees and asylum seekers have been in Europe in the centre of immigration. German's reception attitude towards immigration is established across the discourse on the asylum seekers, the political asylum and the daily relationships between the autochthonous population and the refugees. This attitude may be considered closer in the example of the neighbours groups that care about the asylum seekers. Though it seems that each new migratory wave is going to be considered as a new event, in this article it will be noted the characteristic continuity in the relationship between Germans and immigrants.

KEY WORDS:

Refugees, Refuge House, Munich, Neighbourhoods groups, Social Integration

LA INTEGRACIÓN DE REFUGIADOS A TRAVÉS DE INICIATIVAS LOCALES EN LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA

“Extraño” es una abstracción que aparece en la ciencia y en la literatura popular, pero no en el discurso social cotidiano. Según el punto de vista del nativo se designa a los extranjeros como turcos o “jugos” (yugoslavos), “boeurs” (norteafricanos) o “pakis” (pakistaníes). También “extranjeros” o, alternativamente, “nuestros conciudadanos extranjeros”, son generalizaciones que llenará cada uno con ideas concretas. ¿Tiene sentido hablar de extraños?

Un extraño es, según la descripción de Georg Simmel (1992:764), uno “que llega hoy y se queda mañana”. Más aforismo que definición, esta frase ofrece no obstante un aspecto fundamental de todas las discusiones en torno al hecho de ser extraño: el aspecto del cambio o perturbación. Donde aparecen forasteros, entra en juego el movimiento, se choca con lo desconocido y lo incierto. Lo extraño entra por eso también en contacto con la costumbre, y pone en movimiento los hábitos adquiridos de los ciudadanos.

El extraño es amenazante, porque no se identifica ni como amigo ni como enemigo.

1 En la versión original: “Fremde Nachbarn”. La traducción del alemán ha sido llevada a cabo por Estrella Gualda Caballero (Profesora

Deben por eso -tanto en la praxis política como discursiva- ser dotados de cierta relación con respecto a la sociedad, se les debe adjudicar un rol claro para que dejen de representar una amenaza. La relación con lo extraño se establece siempre en contextos sociales específicos, a lo largo de representaciones transmitidas de sí mismos o del otro, por parte sobre todo de la sociedad de acogida. Y lo que muchas veces se pasa por alto: la relación con lo extraño no se establece solamente como representación y discurso, sino como praxis social.

La relación entre solicitantes de asilo y grupos locales de vecinos comprometidos con ellos, puede proporcionar información sobre cómo se constituyen determinadas relaciones con los extranjeros. Quisiera, por medio de esta situación actual en la República Federal de Alemania, exponer cómo a partir de una relación fundamentalmente abierta surge una situación concreta, dotada de modelos de interacción, y cómo la relación establecida se añade a las concepciones existentes del “extraño”. Para ello voy a utilizar una investigación sobre refugiados en Munich, en el período de 1992 a 1998.

NI AMIGO, NI ENEMIGO

Zygmunt Bauman (1992) ha derivado el carácter amenazante del extraño del hecho de que es una categoría que escapa a la clasificación. Amigo y enemigo son clasificaciones claras, unívocas, que extraen su univocidad del hecho de que se oponen la una a la otra y se excluyen mutuamente. Nuestro pensamiento está ordenado según parejas de contrarios del tipo caliente/frío, crudo/hecho, bueno/malo, y esto posibilita la acción. Pero existen a la vez categorías que no se dejan incluir dentro de estos esquemas; “ambivalentes”, como las llama Bauman, siguiendo a Derridà. “Ambivalentes” son conceptos que no se pueden introducir en un esquema claro de “o...o”, sino que ponen en cuestión esta dicotomía y la hacen tambalearse. A este tipo de conceptos pertenece el de “extraño”. Ni amigo o enemigo evidente, la categoría de extraño representa la misma ambivalencia.

Viene sin que se le haya pedido y encuentra a uno al otro lado de la iniciativa, lo hace objeto de la acción de la que es sujeto- señales evidentes del enemigo. Pero a diferencia del enemigo frontal, no es mantenido a distancia, no es situado al otro lado de la línea de batalla. Aun peor, reclama el derecho de ser objeto de responsabilidad- el atributo conocido del amigo (Bauman, 1992:29).

Con ello el extraño no es solamente un tercero, sino que ataca a la conocida dicotomía prometedora de seguridad del amigo y el enemigo: si hay alguien que se comporta al mismo tiempo como amigo y enemigo, entonces la utilidad de la distinción se resquebraja. Ya que el extraño se resiste al esquema “amigo – enemigo”, entorpece la acción espontánea y produce inseguridad en cuanto a la conducta. Se obliga a un proceder hermenéutico, a una cautela que hace inevitables los malentendidos. Por eso es un empeño de todas las sociedades el definir a “sus extraños”, el organizarlos e integrarlos o el mantenerlos a distancia territorialmente. La territorialización es una de las posibilidades eficaces para adjudicar al extranjero un lugar en la sociedad. Las sociedades modernas nos muestran muchas formas de territorialización de extranjeros; las variantes de tales enclaves van desde el pueblo para turistas hasta el *ghetto*. En la República Federal el alojamiento obligatorio de refugiados en campamentos se suma a una larga tradición de exclusión territorial.

La forma menos llamativa pero más habitual de integración es la “funcionalización”: la presencia de los extranjeros se fundamenta y se justifica a partir de una vinculación funcional estrecha en su relación con la sociedad. Desde los esclavos hasta la guardia suiza del Estado Vaticano, se encuentran en la historia todas las formas imaginables de una reducción funcional del extranjero. El término “Gastarbeiter”, con el que a menudo todavía hoy son designados los emigrantes del sur de Europa, tiene que ser considerado como una forma de esa funcionalización. El significado que tiene esa funcionalización conceptual del extranjero es visible en la perdurabilidad de estos actos de habla. Frente a los “Gastarbeiter” uno puede adoptar una pauta de comportamiento, se les puede indicar que tienen que comportarse como invitados, se puede ver en ellos una aparición transitoria, se les puede reducir al papel que juegan para la economía local, etc., todas estas adjudicaciones ligan a los extranjeros a un lugar determinado en la sociedad, legitiman ciertas formas de exclusión y de discriminación.

Junto a la integración funcional y territorial, plantea Bauman la asimilación en primer lugar con el Estado nacional como forma importante del trato con los inmigrantes. La movilización nacional de *solidaridad con una comunidad imaginaria y la universalización de modelos de conducta y cognitivos, que valen para la confraternidad dentro de las fronteras de la comunidad* (Bauman 1991: 34) exige como contrapartida la desactivación de la autogestión local y comunal que representan una competencia, y que tienen como consecuencia el debilitamiento de formas de vida y de modelos de comportamiento tradicionales. En el lugar de las formas de conducta adquiridas y percibidas como naturales, aparece ahora el orden artificial del Estado Nacional. *El Estado moderno distribuía algunos modelos y eliminaba todos los demás. En conjunto producía similitud y uniformidad. El principio del mismo derecho para todos los que vivan en una misma región, la identidad del estatus de ciudadano, indicaba que los miembros de una sociedad, como objeto de atención y vigilancia estatal, eran semejantes los unos frente a los otros o que al menos así tenían que ser tratados. En este proceso fueron deslegitimadas las posibles características específicas de los grupos* (Bauman 1991: 38). La asimilación al Estado Nacional sólo tiene éxito si formas de vida heterogéneas son sustraídas al proceso de legitimación, “...*fue el intento de una parte de la sociedad de monopolizar el derecho a definir ciertas otras partes y sus cualidades como “extrañas”, superadas, y no pertenecientes, y por ello necesitadas de una reforma radical. El proyecto de asimilación del Estado Nacional pone en marcha por lo tanto un proceso de jerarquización de formas de vida y solidaridades, en el que todo lo extraño posee el estigma de lo desviado, lo atrasado. A partir de la imposición del orden nacional-estatal es “asunto de cada miembro concreto, deshacerse del estigma colectivo de “lo extraño”, a través de la aceptación de las condiciones que son determinadas por los vigilantes del grupo dominante”* (Bauman, 1991: 39). Esto vale para los nativos² pero en mayor medida para los inmigrantes, que como recién llegados están sujetos con más fuerza a la sospecha del “extrañamiento”, a la asimilación deficitaria. Frente a los inmigrantes, los nativos pueden reclamar para sí el privilegio de haber estado allí antes, de haber dado con ello la prueba de su lealtad, de ser por eso parte del orden dominante, un privilegio que deben ganarse los inmigrantes.

En la República Federal de Alemania, como expone Schiffauer (1992: 185-199), el problema de las relaciones con los emigrantes es abordado principalmente de una manera pedagógica. No es suficiente, como en Gran Bretaña, con la observación de unas reglas generales de carácter público. La aceptación social depende en gran medida de la responsabilidad que el individuo debe interiorizar en el proceso de educación. En

Alemania garantizar esto es la tarea de la pedagogía. Esto ha sido expuesto de forma clara por Frank Otto Radkte (1991) en el terreno de las instituciones. Radkte constata un hecho cierto (en mi opinión): que las cuestiones planteadas por la inmigración laboral, en torno a cómo integrar a los inmigrantes, son tratadas en Alemania, no de una manera política, sino pedagógica: *En la medida en que la integración social de los inmigrantes es concebida no como una incorporación en el sentido del derecho de pertenencia al Estado social y de derecho, sino como una adecuación cultural, se plantea el problema de la inmigración como tarea de prevención pedagógica e intervención ya en la infancia, así como en la juventud.* (Radkte, 1991: 44).

Radkte entiende la armonía, en la cual actúan los portadores de decisiones políticas y las ciencias que se ocupan de las cuestiones relacionadas con la inmigración, como un tipo de osmosis interpretativa. Radkte apunta con ello especialmente a los dominios sociales de la política y de la pedagogía, pero incluye en su explicación otras partes de la sociedad: *A través de un canal más fino se introducen los presupuestos de interpretación en los distintos dominios de la sociedad, produciendo un consenso básico temporal, el cual conduce a modalidades de acuerdo en lo intersubjetivo y a soluciones semejantes* (Radkte, 1991:45)".

Este consenso básico sostiene, dicho brevemente, que los extraños son definidos a tenor de sus diferencias culturales, las cuales son vistas como problemáticas. La cultura aparece así no como algo exterior, sino profundamente enraizada en el individuo. Esta "introspección" alemana la contempla Schiffauer como motivo para la desconfianza que éstos muestran frente a los extraños: *¿Se puede sustraer, a aquél que ha crecido en otra cultura, esta afirmación interior (y, por tanto, invisible)? Identificado así, puede que el extraño se sienta comprometido con la comunidad únicamente en lo exterior* Schiffauer capta así las reservas comunes (Schiffauer, 1992: 197f).

Esta carácter introspectivo alemán, que no cesa con las reglas de la negociación social, incluso con alguna clase de resocialización cultural a través de la educación, es también el impulso inicial para una aproximación problematizada y pedagogizada a los extraños. Los extraños son confrontados con la exigencia de la asimilación, y se ve con buenos ojos la superación de sus déficits con apoyo, surtiendo éste efecto a través de medios pedagógicos.

La relación construida entre los refugiados y los grupos locales de vecinos en la República Federal, nos permiten suponer que este consenso no se encuentra sólo en lo político y lo pedagógico, sino que también aparece en la sociedad civil³. También las iniciativas locales que procuran la integración de los refugiados, se apoyan hoy día sobre una característica visión pedagógica.

EXILIO E INMIGRACIÓN EN LA REPÚBLICA FEDERAL

Los refugiados no son invitados. La política alemana con respecto a los inmigrantes se basa en una separación fundamental entre los trabajadores inmigrantes por un lado, los llamados "Gastarbeiter" y los refugiados, los que buscan asilo, por otro. Mientras que los trabajadores inmigrantes llegados en las pasadas décadas de los países del sur y sus hijos y nietos, nacidos aquí en su mayoría, esperan desde hace tiempo a ser reconocidos poco

Titular de Sociología. Universidad de Huelva) y por Iván Rodríguez Pascual (Profesor Asociado de Sociología. Universidad de Huelva).

a poco como nativos, aunque no como alemanes; los exiliados, en cambio, se erigieron desde los años setenta en los nuevos forasteros de la sociedad alemana. A favor de ellos habla esencialmente el discurso que se está manteniendo en torno a los refugiados. Diana Wong ha expuesto, en su investigación sobre el debate en torno a los solicitantes de asilo, algunos puntos que apoyan esta tesis. Entre ellos: a) la excesiva insistencia sobre la inmigración de refugiados, dado que llama la atención que sólo se reconoció entre 1953 y 1988 a 132.874; b) la limitación rígida y difamatoria de la idea de refugiado a activistas políticos: “la polarización conceptual en el discurso público entre perseguidos políticos y refugiados por motivos económicos y de pobreza deja a un lado la realidad de las causas de exilio en la mayoría de los países emisores de refugiados (Wong: 408) y tilda al resto de “falsos refugiados” o de “refugiados aparentes”; c) la connotación peyorativa de la palabra “Asylant”, con la que se denomina a los refugiados en Alemania. De acuerdo con la identificación dominante de Alemania con el bienestar y la fortaleza económica, idea reforzada tras la reunificación, los refugiados son presentados como si quisieran disminuir esa fuerza y participar sin derecho en el bienestar. No obstante, se tiene la convicción de que existe un derecho al asilo político, y que por lo menos una parte de los perseguidos por motivos políticos debería ser aceptada en la República Federal. Pero esto contrasta con una política rigurosa de exclusión y desánimo frente a los refugiados, de tal forma que los partidarios del derecho de asilo defienden la tesis de que el derecho se debe mantener pero que se debe evitar su puesta en práctica⁴. En la relación de la República Federal de Alemania con los inmigrantes se puede observar, constatar, el siguiente proceso: la inmigración de trabajadores a la República Federal alemana desde los años 50 hasta los 70 se efectuó bajo un signo económico. En un primer momento no se pensó en una integración, hasta finales de los años sesenta sólo existía una asistencia social para inmigrantes. No fue hasta los años 70 que se constató que no todos los inmigrantes regresarían a sus países de origen y comenzó por ello un proceso tímido de integración que se realizaba sobre todo por medio de la pedagogía. Los inmigrantes debían ajustarse y adaptarse socialmente, para ello se les debía apoyar a través de programas pedagógicos. Al mismo tiempo les fue negada al inmigrante la participación política y la igualdad de derechos. Mientras que los inmigrantes por motivos de trabajo de los años sesenta fueron siendo integrados de forma creciente, los refugiados se convirtieron al mismo tiempo en un símbolo de amenaza. En los años setenta, a consecuencia de las guerras y de procesos revolucionarios en muchos países del tercer mundo se produjeron grandes movimientos de refugiados. Mientras que el derecho de asilo se aplicaba (relativamente poco) a refugiados procedentes de los países del bloque del este, era, en cambio, cada vez más invocado por inmigrantes que procedían de América Latina, África o Asia. Contra este proceso reaccionaron los políticos con un endurecimiento drástico de las barreras de acceso (obligación de visado, aceleración de

2 Bauman apoya su tesis de la asimilación de manera detallada en el caso de los judíos en Alemania (Bauman, 1995: 133-198).

3 A ello apunta el análisis de Hofmann y Even. En su *Soziologie der Ausländer-feindlichkeit* se sostiene, mediante el análisis de las cartas

los procedimientos, limitaciones del derecho de asilo, etc.) que se apoyaban en la tesis del abuso del asilo. Los refugiados, según esta idea, no solicitarían asilo por ser perseguidos políticamente, sino por razones de atractivo económico. Por este motivo no sólo se establecieron fronteras hacia fuera, sino que también se tomaron medidas para hacer a los que buscaban asilo su establecimiento en Alemania lo menos atractivo posible. A estas medidas pertenecían el alojamiento en campamentos, la asistencia social al mínimo nivel y, sobre todo, la prohibición de trabajar a los refugiados; en resumen: todo un conjunto de medidas con el que se aseguraba una amplia exclusión socioeconómica para los refugiados de la República Federal. Mientras que en la recepción de trabajadores inmigrantes se procedió de forma primaria siguiendo una racionalidad económica sencilla, se desarrolló el rechazo a los refugiados como un gesto antieconómico: se prohíbe la entrada de los refugiados al mercado de trabajo al asumir sus mayores costes sociales y económicos. Hasta que de nuevo a finales de los años 90 se consideró necesaria una emigración de personal cualificado, de tal manera que ambas máximas se situaron de forma irreconciliable una frente a la otra: esto aparece con toda claridad en la afirmación del Ministro de Interior Bávaro Günter Beckstein: necesitamos más inmigrantes que nos sean útiles y menos que se aprovechen de nosotros⁵.

REFUGIADOS EN EL VECINDARIO

Sin contemplar la relación de la política estatal, los medios y la sociedad civil, no es posible explicar el reflejo que ha tenido la política de exclusión frente a los solicitantes de asilo en la población. Esto no se refiere solamente al aumento del número de ataques con incendios provocados o a los asesinatos, persecuciones o *pogromos*, que tuvieron lugar sobre todo desde los años 91 al 93, sino también a la postura defensiva que adoptan con frecuencia los residentes cuando se va a construir un albergue para refugiados en la zona donde viven⁶. No obstante también había grupos dentro de la población que estaban a favor de los refugiados. Junto a un compromiso más bien tímido por parte de los grupos de izquierda, los refugiados han recibido apoyo sobre todo del espectro burgués, de liberales de izquierda. En el verano de 1992 se incrementó la construcción de albergues para refugiados dentro y en las afueras de la ciudad de Munich. Sensibilizados por la atención pública que había experimentado el tema del asilo se formaron rápidamente iniciativas vecinales que actuaban a favor de los refugiados. Dos motivos parecían estar en un primer plano: por un lado el racismo manifiesto que se dirigía especialmente contra los albergues para refugiados provocó una actitud preventiva del vecindario: “en nuestro barrio no puede pasar algo así”. Por otro lado también existía el miedo de tener que enfrentarse directamente con los refugiados, un problema que hasta entonces sólo se conocía a través de los medios. El vecindario, también el que tenía la mejor intención, no estaba seguro de qué se podía esperar de los refugiados. Esto vino como validación de lo que señala la categoría de Bauman de lo extraño: incertidumbre, ambivalencia y sentimiento de amenaza.

de los lectores, que en la RFA se exige a los emigrantes un “resultado

La disposición fundamental a una aceptación por parte de los grupos de vecinos estaba acompañada de la duda de si no harían también su entrada en el barrio la criminalidad, la degradación, la violencia o las drogas.

PRIMEROS CONTACTOS⁷

En el barrio de Munich llamado Sabing⁸ se inició con preocupación el arreglo de un albergue⁹ para solicitantes de asilo. Pronto se reunió un grupo de vecinos que se quería preocupar del albergue y de sus habitantes. Los refugiados, entre los que había muchos africanos que rápidamente llenaron las apacibles calles del barrio, fueron instalados en una casa de alquiler vieja y con manchas de humedad, que se encontraba algo aislada al borde de una línea de ferrocarril. La casa fue preparada y renovada apenas suficientemente para la acomodación de los asilados. Las viviendas habían sido subdivididas en estrechas habitaciones que la mayoría de las veces fueron ocupadas por cuatro o seis refugiados. En cada pasillo había rincones de cocinas, duchas y lavabos que eran usados en común por los refugiados y frecuentemente tenían averías. En la planta baja de la casa se instaló la administración pública. En una de las piezas se encontraba el despacho de la administradora, en otro se atendía el almacenamiento y la distribución de los paquetes de comida para los refugiados. No fue prevista ninguna habitación para que pudieran estar fuera de su propia habitación. Con casi 180 plazas, la casa figuraba en un lugar intermedio del abanico de albergues para refugiados de Munich. Como ventaja para la aceptación de los refugiados en el barrio se encontraba la de que vivían en una casa “normal” y no en una barraca o en un campamento. Para gran cantidad de refugiados, sin embargo, la casa no fue guarnecida y por ello se expusieron a muy malas condiciones de vivienda. El grupo de vecinos que se estableció en el barrio estaba compuesto al principio por aproximadamente treinta personas, sobre todo por mujeres de mediana edad. Este grupo no ha formado ninguna asociación como es común en otros barrios, aunque se estableció muy pronto con una estructura parecida a una asociación (con portavoz, responsable de protocolo, administración contable, miembros activos y pasivos, encuentros regulares, etc.). El contacto con los refugiados fue marcado también por el interés de la iniciativa, con el fin de generar formas de relación fijas y regulares.

Ya la primera fase del contacto entre los refugiados y los grupos de vecinos estuvo caracterizada por los intentos cuidadosos de aproximación, por una parte, y por el establecimiento de estructuras para la consolidación de la situación, por otra. Poco después de la construcción del albergue para los solicitantes de asilo, comenzaron dos pequeños grupos de la asociación con visitas regulares a la casa. Tomando como base los informes de estos pequeños grupos, los miembros de la asociación se formaron una imagen de la situación de acogida y orientaron su acción. Una de las primeras exigencias a la administración, fue la de un espacio social, ya que los refugiados estaban siendo

de adaptación” (paso de identidad) y después de ésta se concede un reconocimiento legal y social (paso de estatus). En la decepción que

alojados en un espacio muy estrecho y no había ningún lugar donde pudieran escapar de esta estrechez. Tampoco había en este alojamiento ninguna sala que pudiera servir como lugar neutral de encuentro entre el grupo vecinal local y los refugiados. El grupo había luchado por un lugar como éste desde el principio. Finalmente tuvo que pasar un año, tras duros enfrentamientos con la administración estatal, para que se concediera este espacio. Los dos grupos visitaban la casa en horarios distintos y en ocasiones diferentes. Un grupo venía por la mañana, cuando se repartía a los refugiados los paquetes de comida, una forma de llamamiento donde los refugiados formaban filas y se producía así para la iniciativa la oportunidad de un contacto. Éste estaba siempre ensombrecido por problemas que eran dirimidos entre los refugiados y la administradora. La tarea principal de la iniciativa era la de intermediar cuando existieran estos problemas y conflictos. El segundo grupo llegaba por la tarde a la casa e iba de habitación en habitación, presentaba a la asociación y casi siempre era invitado a un té o a una limonada, así como ofrecía a los refugiados su ayuda. Ambas formas de la toma de contacto tenían desventajas. La presencia durante el reparto de los paquetes de comida significaba, por una parte, permanecer en un pasillo con una corriente de aire durante horas y por otra que el grupo debía tomar postura en conflictos entre la administración y los refugiados, según el caso, y con ello corría el peligro de enemistarse con los refugiados o con la administradora. También era agravante el hecho de que la administradora no era la apropiada para esa tarea, lo que traía consigo confrontaciones sin base y medidas caprichosas. Finalmente tuvieron lugar los contactos, siempre bajo la mirada más o menos desconfiada de la administración. Éste sufría entonces

produce la ausencia de este cambio de identidad ven los autores una de las razones para la hostilidad hacia el extranjero (Hofmann y Even, 1984: Cap. IV y V).

4 Por ejemplo, el título de Zepf (1996): *Asylrecht ohne Asylanten*. El apoyo al refugiado en tensión por el problema mundial de los refugiados y la política disuasoria.

5 En Junio de 2000 en la revista *Focus*.

6 Véase, por ejemplo, *Focus* (1994).

7 Las siguientes intervenciones describen una iniciativa vecinal a la que se acompañó de una observación participante durante seis años. Al compararla con iniciativas similares se muestra que ocurrieron también procesos semejantes. La fase de investigación se constituyó con la fundación del grupo de vecinos “La vida conjunta en Sabing” y se continuó con diferente intensidad hasta el cierre del albergue de refugiados y acto seguido la disolución del grupo. En general se basó la investigación en el método etnográfico de la observación participante, que abría la entrada al grupo, y a través de la conversación, entrevistas y la participación reflexiva en las actividades comunes que contribuyeron

bajo la publicidad excesiva que lo rodeaba.

El otro grupo, que visitaba de forma privada a los refugiados en sus habitaciones tampoco lo tenía fácil. Al principio esta forma de toma de contacto implicaba recorrer toda la casa, presentarse, memorizar los nombres de los refugiados, rechazar o no invitaciones a tomar el té (¿Cuántas veces se puede rechazar sin parecer maleducado?), en ocasión de primeros contactos permanecer a veces sin la posibilidad de la comunicación oral, etc. La visita a las habitaciones tenía la desventaja de que uno se introducía en el resto de las estancias privadas de los refugiados, encontrándose no siempre ante situaciones agradables, y teniendo que rechazar continuamente invitaciones si se quería hacer la ronda por la tarde. Aquí es más bien la privacidad del lugar de encuentro lo que (aunque más bien para la iniciativa más que para los refugiados) representaba un problema.

El punto de partida de los grupos de vecinos para construir la relación fue la aceptación de que los solicitantes de asilo tenían problemas de alojamiento. Aceptar esto parecía plausible a primera vista: los asilados apenas tenían dinero, ni contactos, y apenas un conocimiento de la lengua, se encontraban enredados en incomprensibles procedimientos administrativos, todo lo cual era fuente de una cantidad de problemas. Los miembros de los grupos de vecinos se acercaron a los refugiados y les ofrecieron consejo y ayuda ante estos problemas. Realmente esta orientación del problema estructurada hacia el contacto entre los refugiados y los grupos de vecinos se manifestaba difícil. Para los refugiados resultaba incomprensible la manera cómo habían orientado el problema los grupos de vecinos. La apertura del contacto dio a los refugiados la posibilidad de hacer su propia interpretación de la situación de contacto. Hicieron eso que se hace habitualmente con los visitantes: los vecinos fueron considerados como huéspedes, agasajados e invitados a las habitaciones de los refugiados. Se establecían conversaciones prudentes a partir de las cuales se preguntaba por la familia, por el lugar de origen, por los acontecimientos. No salieron a relucir los problemas por los que los socios de las asociaciones se preguntaban. En esta fase del contacto se trataba de determinar lo que era conciliable, lo común. Los niños se mostraron a menudo como catalizadores: fue el estado de visible gestación de una vecina el punto de partida para la conversación. Sobre la base de esta primera toma de contacto se desarrollaron relaciones entre los integrantes de los grupos de vecinos y los refugiados individuales o las familias, puntos de encuentro de unas relaciones que se desarrollarían con el tiempo. Las dificultades de acomodo, problemas con el trabajo o con las autoridades se fueron expresando con tacto si las relaciones personales parecían permitirlo.

Con la orientación del problema llevada a cabo por el grupo de vecinos prevaleció una grave confusión, que sin embargo impregnaba la matriz determinada de la relación. Los motivos para esto descansan, por una parte, en que la toma de contacto entre los grupos de vecinos y los refugiados no se establecen en un terreno neutral, sino en albergues estatales. El compromiso social de resolver los problemas de los refugiados era la tarjeta de entrada de vecinos en la casa, lo que legitimaba su presencia. De forma parecida se daba en otras vecindades. Ante conocidos y amigos también se representaba el compromiso por los refugiados como asistencia social. De esta forma los grupos de vecinos podían interesarse intensamente por los refugiados y sin embargo, a la vez daban señales de que se mantenían de parte de la población autóctona. Y no sólo eso: la definición de los solicitantes de asilo como problema respaldó también la posibilidad del grupo de aceptar a las asociaciones en la relación con los refugiados y de ocupar una posición superior, de

ayuda y cualificada.

Paralelamente a la toma de contacto personal los grupos de vecinos emprenden el avance hacia el cuidado del albergue. A lo largo del contacto personal con los refugiados, la administración fue criticada, se promovió una atención socioeducativa fija de los refugiados, se estimularon medidas para la seguridad del albergue contra ataques racistas. Igualmente fueron movilizados los recursos de la vecindad: la parroquia y la juventud del barrio fueron implicados, se tuvieron contactos con la oficina del refugiado, donde los grupos se intercomunican y aconsejan entre sí, se estudiaron disposiciones relativas al derecho de asilo y se recogieron donativos. Los grupos de vecinos se consolidaron: se celebraban encuentros semanales, se diferenciaron los grupos entre integrantes activos y pasivos; los activos eran los que regularmente visitaban el albergue. El grupo adoptó la forma de una iniciativa ciudadana que tenía una “demanda”: la vida de unos con otros en el barrio debía llegar a ser organizada de tal forma que en lo posible se dieran pocos roces entre refugiados y vecinos en la mayoría de los casos. Con ello los grupos de vecinos en general y los agentes públicos trabajaron por las relaciones entre el vecindario y el albergue de los refugiados. Adicionalmente a la preocupación por los refugiados, fueron percibidos como las instancias de intermediación de la sociedad civil entre población autóctona y refugiados.

El contacto personal con los refugiados se alteraba. El contacto se hizo funcional en el contexto de las iniciativas vecinales: como fuente de información y como vía legitimada de conocimiento sobre los precedentes en el albergue. A los miembros del grupo sólo en casos particulares se les permitió que desarrollaran en privado relaciones personales con los refugiados. El que fuera la pretensión general de los grupos que la relación se mantuviera, no era excusa a menudo, para preocuparse de todos los refugiados del albergue, para dejar en su lugar el contacto individual sin compromiso.

La demanda de las asociaciones fue en principio abierta. Sin embargo esto entraba en colisión una y otra vez con la pretensión de apoyar a los refugiados en sus problemas. La solución o el acompañamiento ante los problemas tuvo lugar, por regla general, sobre la base del conocimiento personal y se unió a un intenso cuidado individual. Por ejemplo, el deseo de una refugiada de llegar a convivir con su marido reubicado en otro de los albergues, arrastró consigo un arduo enfrentamiento con la administración pública del albergue, las autoridades y consultas a abogados. En semejantes procedimientos, a menudo extendidos durante semanas y meses, se desarrolló entre los refugiados y los vecinos comprometidos una estrecha relación que una y otra vez dio lugar a equívocos graves y a un comportamiento inseguro.

El gasto de energía implícito en la lucha con las autoridades, el enorme despliegue de tiempo y energía sobreexigido al último miembro laico de un grupo de vecinos, no fue a menudo percibido por parte de los refugiados y por eso no se recompensó frecuentemente con la merecida gratitud. Por eso –y también a causa de los limitados recursos de los grupos de vecindad- derivó otra vez el compromiso la mayoría de las veces a tal derroche de fuerzas; tanto más conforme permanecía la audaz empresa sin éxito. A los refugiados les causaba esto irritación. A menudo no era figura familiar para ellos la del profesional del Trabajo Social, en la que se apoyaba la acción de las asociaciones. Después de una fase se intensificaban los contactos, por ejemplo, con el intento de una reagrupación familiar o de la búsqueda de un puesto de trabajo, los refugiados esperaban de los miembros de los

grupos de vecinos una particular atención, favoritismos frente a otros refugiados o una especial receptividad ante otros problemas. Los refugiados buscaron el contacto personal, individual, que también se produce sobre la base de la situación de ayuda en curso. Por parte de los componentes de los grupos de vecinos fue rechazado en la mayoría de los casos un contacto personal. Éstos se cuidaron de proteger su vida privada ante los refugiados y el contacto lo limitaron a los horarios de visita del albergue. Además el grupo de vecinos entró en escena con la pretensión de preocuparse por igual de todos los habitantes del albergue. Se rechazó también por este motivo mantener una especial relación de lealtad hacia algunos refugiados en particular.

EL “CLUB SOCIAL”¹⁰ COMO EXPRESIÓN ESPACIAL DE RELACIONES EDUCATIVAS.

Antes de que se tuvieran estas motivaciones, las actuaciones se acercaron principalmente al fomento de un club social para los refugiados en el albergue, opción vista como más potente ante la esperanza de los grupos como vía para disponer de un espacio propio para el contacto con los refugiados, en el que se posibilitara una mejor ejecución del derecho de asistencia social. Se instaló finalmente un club social después de extensas disputas con el gobierno estatal, a consecuencia de que se organizara un centro de orientación social de Cáritas en el albergue. De acuerdo con Cáritas el grupo podía utilizar el local fuera de los horarios de trabajo de su asesora, que sólo lo ocupaba la mitad del día. Adicionalmente, unos meses más tarde en la oficina de Caritas se dispuso de un espacio propio como club social. Pero entretanto fue siendo evidente que el grupo ya había copado este local con sus sesiones y expectativas. No sólo en sentido ideal. Con el tiempo se fueron reuniendo materiales, que llenaron de hecho hasta los topes el mismo: una máquina de coser y un armario con telas, cajas y cajas con juguetes de niños, una máquina de café con los accesorios necesarios, dos viejos sofás, una pizarra escolar, una estantería y media de pared con libros, sobre todo para niños, así como una gran mesa y una docena escasa de sillas.

Todo fue procurado, colocado, y clasificado por el grupo, que tomó posesión del local. Con la excusa de que el grupo organizara un par de veces allí sus encuentros se inició la su utilización. Entre otros temas se discutió de qué manera podía ponerse el club a disposición de los refugiados. Desde el principio se tuvo claro que el grupo administraría el local, y sólo bajo su inspección se pondría éste a disposición de los refugiados. En la discusión se impusieron los que se declaraban en contra de una libre accesibilidad del local para los refugiados. Si fuera puesto a libre disposición de los refugiados, podrían llevarse el mobiliario o estropearlo, se podría mantener sin orden, o sólo un grupo de refugiados ocuparía un lugar que para ellos era público. Sólo junto a un miembro de las asociaciones les sería autorizado a los refugiados utilizarlo. En primer lugar, esto parecía poco problemático, porque podrían efectuarse muchas propuestas de uso. Los grupos a los que visitaban regularmente en sus casas querrían utilizar en el futuro el local para esto. También podría haber propuestas de las que se celebraban hasta ahora fuera de la casa, trasladados ahora al local, podrían llegar a realizarse finalmente ahora otros proyectos, al haber allí a su disposición un local.

Poco a poco fueron puestas en marcha estas propuestas. Cuidados domésticos, curso de alemán, “tarde con niños”¹¹, una bolsa de trabajo, un “salón de té” para conversar, un curso de costura y así sucesivamente. La reacción de los refugiados fue, dicho sintéticamente, una

desilusión para el grupo de vecinos. Al salón de té acudieron sólo refugiados con los que ya existía un contacto muy bueno e incluso éstos sólo vinieron en ocasiones. Algo parecido pasó con la bolsa de trabajo y con las sesiones de costura. La bolsa de trabajo funcionaba si las mujeres del grupo se encargaban por sí mismas de todas las actividades: seleccionar los anuncios en la revista, telefonar, aclarar las condiciones especiales de trabajo de los refugiados y concertar citas. A las clases de costura sólo vinieron unas pocas mujeres, pero casi más para encargarse que para coser algo que para coser por sí mismas. Finalmente, se interrumpieron los cursos de alemán así como las propuestas restantes.

Sólo el curso de ayuda a las tareas domésticas y la oferta de juegos para niños encontraron una afluencia regular. A las asociaciones se les hizo difícil explicar la reserva de los refugiados frente a las ofertas existentes. En el grupo prevaleció la convicción de que el club y sus propuestas habían sido organizados demasiado tarde. Los refugiados, a través del establecimiento de sus propios lazos étnicos, se habían abierto camino hacia el apoyo y el asesoramiento de tal forma que las propuestas del grupo no se necesitaron nunca más. Sin embargo, algunos miembros del grupo preguntaron si las propuestas del club habían correspondido a las necesidades e intereses de los refugiados. De este modo, algo se torció en el proceso de institucionalización del contacto del que aquí hemos tratado.

El grupo no esperó del cambio en el club social grandes diferencias en las relaciones con los refugiados. No era previsible que al haber cambiado la situación de contacto desde la escalera de la casa o la habitación de los refugiados fuera a surgir un problema. De lo contrario los miembros del grupo no hubieran hecho efectivo ese paso de forma tan solícita. Unido a eso se dice que con la instalación del club social se produjo como resultado una nueva constelación en la relación de los grupos de vecinos con los refugiados, una constelación que tenía precisamente mucho que ver con este club.

Resumiendo, puede decirse que se aceptó el problema de cómo reorientar el disfrute del espacio desde un club social hasta una oficina para el asesoramiento social. Antes de que existiera el club se manejaban dos ideas sobre su utilización: una respecto a la posibilidad de llegar a ceder a los refugiados el local, para que ellos pudieran parar en un lugar fuera de su habitación. Según la otra, se debería dar también la posibilidad al club social, de hacer propuestas a los refugiados para que allí pudieran reunirse con otros refugiados. Los intereses del grupo dieron lugar sin embargo finalmente a que el grupo se hiciera dueño por sí mismo del local y asociara su usufructo a diferentes propuestas. La reestructuración de las relaciones que están asociadas a la instalación del club social condujo al mismo tiempo a una patente jerarquización de las relaciones y al clientelismo de los refugiados. Los encuentros abiertos entre los grupos de vecindad y los refugiados fueron reemplazados por una oferta fija, cuyo contenido fue decidido por el grupo de vecinos. Éste se aseguraba con ello un considerable control sobre sus relaciones con los refugiados. Determinaron no sólo el momento sino también el lugar del contacto, además de disponer las reglas y los contenidos de los contactos. Los refugiados fueron definidos

esencialmente a la obtención de los datos. La dificultad de este método descansa especialmente en haberlo fundamentado de forma que, en una particular sociedad y especialmente por parte de grupos comprometidos

más intensamente que antes como indigentes y necesitados de asesoramiento. Esto condujo a un completo cambio de las relaciones. Mientras que antes el grupo de vecinos era quien buscaba a los refugiados y éstos podían contribuir a las decisiones respecto a la forma y el contenido de los encuentros, ahora los refugiados debían buscar al grupo en el club social, donde apenas podían poner ejercer alguna influencia sobre el encuentro. La previa espontaneidad de los encuentros había sido reemplazada por una oferta fija, en la que fue establecido el rol del grupo como emisor de la ayuda y el de los refugiados como solicitantes de la misma.

EXTRAÑOS ÍNTIMOS

En el curso de experiencias recíprocas se arreglaron los refugiados y los grupos de vecinos con una relación que fue determinada por el grupo. De ambas partes se habían realizado intentos de acercamiento al otro. El inicio espontáneo y la relación fluida les unió: la gente de los grupos de vecinos supieron que su compromiso no siempre llegaría a ser reconocido por parte de los refugiados; los refugiados habían limitado a menudo las posibilidades de llegar a conocer a los grupos de vecinos. Sin embargo llevó poco tiempo, para que se quisiera que la relación, que se había construido en el exterior entre los refugiados y los grupos de vecinos, se aplicara exclusivamente a las experiencias recíprocas de ambos grupos. Hasta lo que permite este ejemplo aquí bosquejado, se hacen evidentes las formas de comportamiento con el extraño en el sentido de Bauman. Igualmente para el vecino abierto a los refugiados, fueron éstos una molestia, de forma que tuvieron necesidad de un proceso de aprendizaje. Los refugiados fueron emplazados pronto a una posición funcional para la vecindad y la sociedad: estaban necesitados de ayuda, tenían problemas. Los refugiados podían llegar a introducirse así en el barrio como otro grupo social marginal, que de forma parecida a los “sin techo” o a los discapacitados tenían necesidad de una asistencia especial. En general se mantuvo esta referencia funcional, que sostenía la estabilidad de las relaciones que se producían entre grupos de vecinos y refugiados. Con la instalación del club social fueron estos aspectos, incluso funcionales, desarrollados. A la vez se hizo ver el usufructo del club como una ubicación territorial y como una sistematización de una estructura de propuestas educativas. Con la extensión del contacto entre los refugiados y los grupos de vecindad estos encuentros lograron su sitio. La presencia del grupo en el albergue disminuyó, después de que se ampliara la posibilidad del contacto con los refugiados en el club social. Esto daba al grupo una serie de ventajas: ahora no sólo podía fijar el momento sino también el lugar en el que debían celebrarse los contactos. Además la asociación cambiaba este contacto informal del albergue o de la vida privada de los refugiados en un cuarto, por el que finalmente fuera determinado por ella. La inseguridad, especialmente el encuentro en las habitaciones de los refugiados, fue con ello claramente reducida. Finalmente no se interrogó más por sus posibles problemas a los refugiados a través de la visita sino que el grupo estableció en el club social una gama de propuestas de ayuda y consejos, que habían supuesto que serían útiles o importantes para los refugiados. No fueron tenidos en cuenta sin embargo las

social o políticamente, también tiene que ser evitado el “ser autóctono”, esto es, debe llegar a encontrarse un equilibrio entre la investigación

necesidades o intereses de los mismos. Los refugiados debían orientarse ahora por las ofertas de la asociación y moverse en la dirección que pretendieran estas ofertas. Desde el principio los encuentros públicos y con múltiples ambivalencias condujeron la relación a un orden fijo y jerárquico.

Este estrechamiento de las relaciones tuvo también para los refugiados efectos positivos: la definición de los refugiados como objeto de ayuda y de prestación de auxilio, que a través del grupo fue trasladada también a la vecindad, llevaba consigo que no pudieran prosperar otras posibilidades de definición como las de alborotadores, usurpadores o criminales. Es de suponer que contribuyera a la posición social de los refugiados definida por el grupo, redujera tensiones y posibles agresiones de los habitantes del barrio contra los refugiados. Los refugiados fueron definidos como grupos sociales marginales necesitados que tenían derechos a la prestación de auxilio y al apoyo de la población autóctona. En suma, los grupos de vecinos también intentaron reducir la ambivalencia de las relaciones de extrañeza, con las que eran asociados los refugiados. En efecto, se les remitió a un lugar en el margen inferior de la sociedad (respectivamente del barrio), pero fueron aceptados como una parte siempre problemática del mundo vital (*Lebenswelt*).

CONCLUSIÓN

Entre los refugiados y los grupos de vecinos se ha construido una relación de extrañeza que plantea un problema sobre la continuidad de las relaciones de los alemanes con los inmigrantes. Desde 1973 ha constatado Hoffmann-Nowotny que a través de la inmigración se instaura una estratificación económica de la sociedad receptora: a los repatriados les será asignada una posición que se fija por debajo del estrato de la sociedad receptora (Hoffmann-Nowotny, 1973). En respuesta a la inmigración de solicitantes de asilo prosigue este desarrollo. Se esperará de los inmigrantes una adaptación, sin la cual sólo la estancia estaría asegurada. La posición social dada hace de los refugiados uno de los grupos marginales necesitados. Con ello se integró en el barrio a los refugiados y a esto ha contribuido sin duda el que con su presencia no se ha empeorado en lo fundamental el clima del barrio. Sin embargo, a largo plazo se ha considerado a tal atribución la consecuencia de que los solicitantes de asilo justamente serán asignados al lugar de la estructura social que antes acaban de haber dejado libre minorías étnicas inmigradas¹².

Un aspecto paralelo a contemplar es la actitud pedagógica hacia los refugiados encontrada en los grupos de vecinos. Mientras que hacia los inmigrantes laborales de los cincuenta a los setenta se aceptó la pedagogía como la disciplina para la integración social de los inmigrantes, son especialmente las asociaciones locales las que impulsan hacia los refugiados de los años noventa una integración social y cultural, pero no política. Las asociaciones procuran una ayuda a los refugiados y les ofrecen variadas formas de asistencia, a la vez que vuelven la espalda a la cara política de la temática del asilo. Llama la atención, que a pesar de los masivos abusos racistas, y a pesar de que las medidas políticas ante los refugiados no están en concordancia con la dignidad humana, sólo se haya desarrollado una moderada oposición política. La actitud pedagógica de los grupos de vecinos aspira a fomentar una integración de los refugiados en la sociedad de acogida. Los grupos de vecinos saben, por su orientación hacia los problemas de los refugiados, que éstos se producen la mayoría de las veces mediante las medidas estatales, problemas que sin embargo les separan de los refugiados. Con ello, esta postura es sólo una aspiración a evitar ver en los mismos refugiados un problema.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, ZYGMUNT (1992): "Moderne und Ambivalenz". En Bielefeld, Uli (Hg.): *Das Eigene und das Fremde. Neuer Rassismus in der Alten Welt?* Hamburg (2. Aufl.), 23-49
- BAUMAN, ZYGMUNT (1995): *Moderne und Ambivalenz*. Frankfurt am Main.
- ENZENSBERGER, HANS MAGNUS (1992): *Die große Wanderung*. Frankfurt a.M.
- FOKUS 1994: *Unterbringung von Flüchtlingen in Nachbarschaft zu Einheimischen*. Herausgegeben vom Ministerium für Arbeit, Gesundheit und Soziales des Landes Nordrhein-Westfalen, Bönen.
- HOFMANN, LUTZ & HERBERT EVEN (1984): *Soziologie der Ausländer-feindlichkeit*. Weinheim und Basel.
- HOFFMANN-NOWOTNY, HANS-JOACHIM (1973): *Soziologie des Fremd-arbeiterproblems*. Stuttgart.
- RADTKE, FRANK-OLAF (1991): "Pädagogisch induzierter Kulturalismus. Zum Zustand der Migrations- und Minderheitenforschung in der Bundesrepublik Deutschland am Ausgang der 80er Jahre". En: Haller, Ingrid & Klaus F. Geiger (Hg.): *Ethnische Minderheiten in Industriegesellschaften*. Kassel, 24-51.
- SCHIFFAUER, WERNER (1992): "Die civil society und der Fremde. Grenzmarkierungen in vier politischen Kulturen". En: FRIEDRICH BALKE ET AL: *Schwierige Fremdheit: Über Integration und Ausgrenzung in Einwanderungsländern*. Frankfurt am Main, pp.185-199.
- SIMMEL, GEORG (1992): "Exkurs über den Fremden". En: *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*. Frankfurt a.M., pp.764-771.
- WONG, DIANA (1992): "Fremdheitsfiguren im gesellschaftlichen Diskurs". En: Matthes, Joachim (Hrsg.): *Soziale Welt*, Sonderband 8, Göttingen, pp.405-419.
- ZEPF, BERNHARD (1996): *Asylrecht ohne Asylanten*. Frankfurt am Main.

y (necesario) la participación activa. La observación participante fue completada a través de entrevistas en profundidad, entrevistas con expertos y con la administración, abogados y otros especialistas, así

